

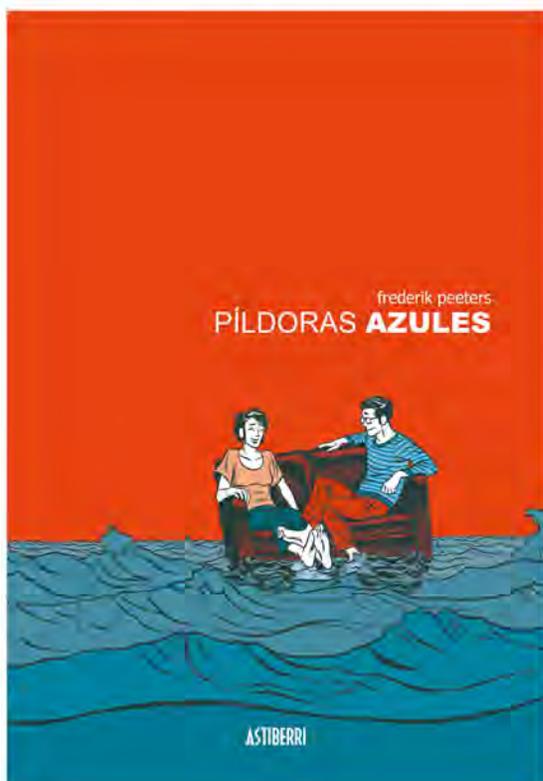
LLEGA EL ÉXITO

Intentando alejarse de las dificultades y problemas que le abrumaron en *Las migajas*, a continuación decide comenzar algo más fácil y más rápido de elaborar, sin tanta complicación documental o técnica. O al menos eso piensa el autor. De hecho, es un proyecto que inicialmente realiza solo para sí mismo, sin guion, sin lápiz, directamente a tinta, prácticamente improvisando e incluso sin saber si llegará a finalizarlo. Pero cuando le enseña las primeras páginas a

Pellegrino, este le anima a terminarlo y le ofrece su publicación en Atrabile. Se trata de la novela gráfica titulada *Píldoras azules*, que finalmente verá la luz en 2001.

El argumento narra la relación con su novia y su pequeño hijo, que son ambos seropositivos ¿Hablamos, pues, de una tragedia? No necesariamente. Peeters se desnuda sin ningún pudor en estas páginas, con absoluta naturalidad, y describe la experiencia cotidiana con su pareja y el niño en sus respectivas etapas. El conocimiento mutuo, el enamoramiento, la gran revelación, las dudas iniciales y la vida en común, sin excluir el sexo. Donde existe el miedo y las lógicas precauciones, claro está, además de resultar omnipresente la necesaria medicación: las «píldoras azules» del título. Todo fluye con facilidad, sin embargo, aunque el aparente desenfado no deja de plantear algunas preguntas trascendentales con bastante discreción y sutileza.

Pero, sobre todo, el libro es una gran declaración de amor. Realmente es este un elemento fundamental, es el motor de todo el argumento: *«Para mí era sólo una historia de amor; relacionada con el sida, sí, pero sólo hablaba de amor. Yo no demonizaba el sida, así que no tenía el objetivo de intentar que otros también lo*



hicieran»³. De la misma forma, el autor tampoco afirma creer en el llamado «cómic social» y añade al respecto que «*la parte mesiánica o educativa es sólo una ilusión*». La obra, en efecto, no tiene tanto un afán divulgativo como sentimental o directamente emocional.

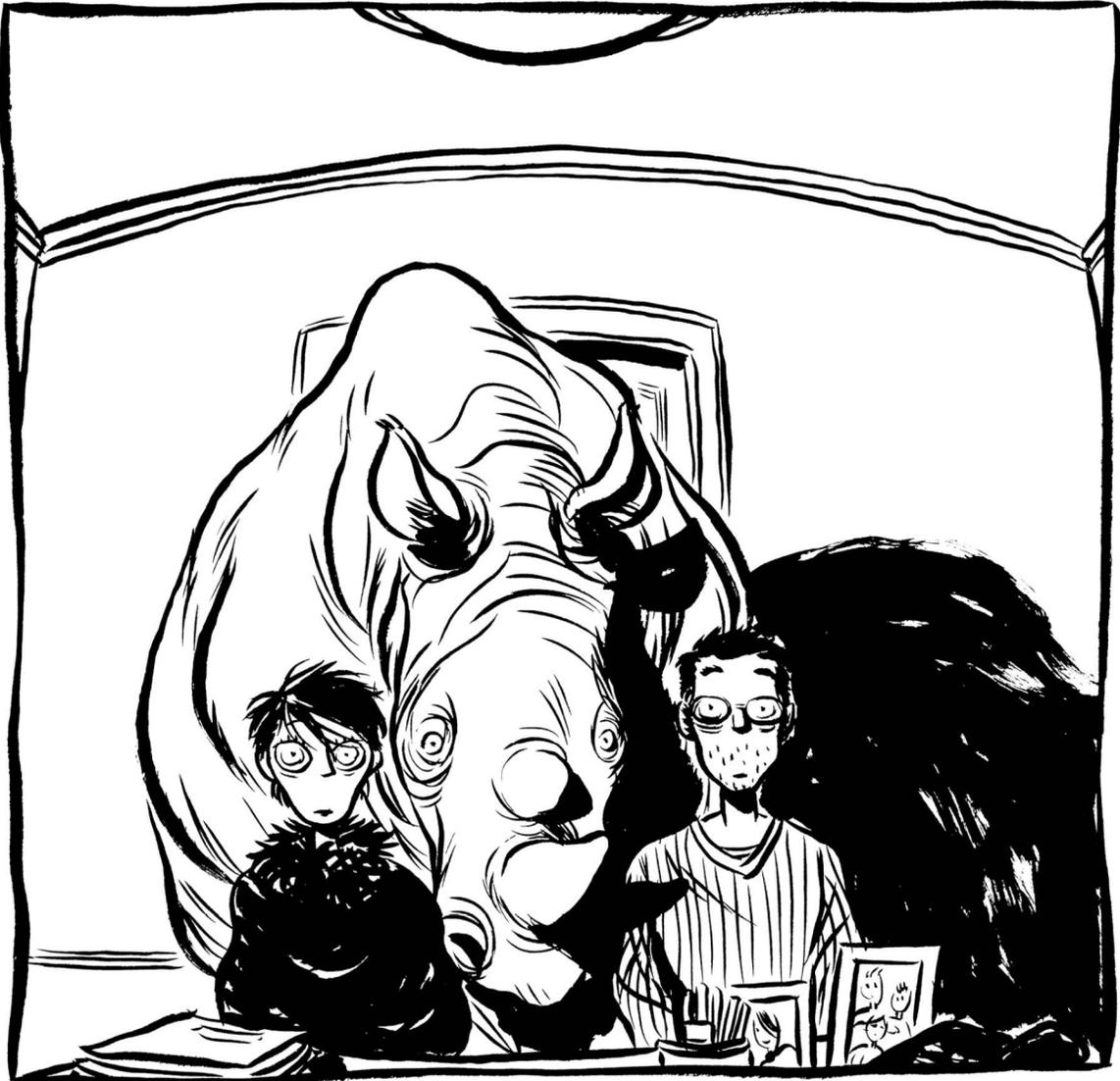
El argumento encuentra el tono adecuado con envidiable sencillez. Es realista pero no dramático, intimista pero no lacrimógeno, sin desdeñar el uso de la ironía. Aunque el álbum sea autobiográfico está, lógicamente, pasado por el filtro de la ficción dibujada. O sea, retocada y necesariamente reinterpretada para ajustarse a las necesidades del medio, según reconoce el mismo Peeters. La reflexión interior es el elemento básico, el ritmo es relajado, el tiempo fluye en diversas direcciones... pero el lector queda atrapado. El relato es tan veraz que incluso incluye en su argumento la realización del propio álbum. «*No me resultó problemático explicar detalles o intimidades. Mientras sea verdadero y honesto, mientras no perjudique a nadie, no creo que sea impúdico por contar historias de alcoba*»⁴, afirmaría.

A tenor de la escasa venta de sus álbumes hasta esa fecha (poco más de 700 ejemplares de media), considera que no tiene nada que perder en ese momento y por ello realiza *Píldoras azules* con absoluta libertad. Más que un libro, en realidad, es un ejercicio personal, algo que surge de forma inconsciente, sin miedos o limitaciones. Sin conocer el alcance ni



3 Encuentro en la FNAC Callao, 3 de diciembre de 2012.

4 Entrevista de Yexus en *Dolmen Europa* nº 4, 2011.



120.

las posibles repercusiones. De hecho, el álbum se realiza en unos tres meses, lo que implica un ritmo de trabajo bastante rápido. También dice bastante del estado de ánimo del autor y su predisposición: de su afán por trasladar a la página sus vivencias según le dictan los impulsos y los propios hechos. Hay mucha sinceridad en la obra, por ello realmente no resulta doloroso sino liberador. Ya que le sirve para poner en orden los pensamientos, para plasmar los hechos en el papel y así despejar convenientemente la mente antes de dar su siguiente paso en la vida.

A nivel técnico, y ya seguro de sí mismo, Peeters se sirve con fluidez de las herramientas del medio. Practica un dibujo espontáneo, maneja con habilidad las manchas negras y demuestra su gusto por el detalle significativo y el uso de los silencios. También destaca el recurso a la simbología gráfica, una forma visual de explicitar sus estados de ánimo o las ideas que le rondan por la cabeza, imágenes a menudo chocantes y en ocasiones directamente absurdas: el cosmos, un rinoceronte, una balsa en el océano, una alambrada e incluso una conversación con un mamut en plena selva.

El libro venderá cerca de 20.000 copias, siendo no solo una de las primeras novelas gráficas a nivel europeo (y, desde luego, suizo) sino el despegue definitivo de su carrera como autor de cómics. Además de obtener el Premio Töpffer de la Villa de Ginebra y ser nominado en Angoulême en 2002, ha conocido ya numerosas reediciones y una adaptación televisiva para la cadena ARTE. *Píldoras*

azules va a ser la primera obra del autor que se traduce al inglés y en España obtiene el Premio La Cárcel de Papel a la Mejor Obra Extranjera. Está claro que contribuye a fomentar la moda del cómic autobiográfico en Europa, inscribiéndose en la línea de títulos tan insigntes como *Epilepsia*, *Mis circunstancias* o *Diario de un álbum*, aunque Peeters no haya vuelto a incidir en esa práctica hasta tiempos muy recientes, como veremos posteriormente.

En cualquier caso, cabe decir que gran parte de su personalidad o preocupaciones estarán presentes en numerosas obras posteriores, aunque camufladas bajo diversos aspectos o géneros.

Su siguiente trabajo ya supone un nuevo cambio de coordenadas. Esta vez es L'Association quien publica en 2002 *Constellation*, un álbum que concibe y prácticamente realiza para la colección Mimolette sin consultar siquiera a la editorial, adaptándose por completo a su formato y extensión. Es esta una colección de pequeño tamaño y 30 páginas en la que han publicado, por ejemplo, Sapin, Ayroles, Luz, Trondheim, Baudoin o Sfar.

Se desarrolla en plena Guerra Fría y tiene por único escenario el avión del título. Intervienen solo tres personajes, que se interrelacionan en una red de intereses tan compleja como imprevisible, dando como resultado una muerte a la vez inesperada e injusta. La confusión, las casualidades y la paranoia se combinan en una historia narrada por triplicado, desde el punto de vista de cada uno de los protagonistas, a la vez divergente y convergente.



La abundancia de planos cortos y la página diseñada con una rejilla de 3 x 2 viñetas acentúan la sensación de claustrofobia derivada del contexto físico, estrecho y hermético. Pero quizá su mayor atractivo resida en la estructura narrativa, que supone un juego con los mecanismos expresivos y una irónica mezcla de géneros. Aunque, de todas formas, la base del argumento se apoye en una premisa totalmente realista, ya que fue concebido justo tras los atentados islámicos en Nueva York del World Trade Center. Efectivamente, alguien no es consciente de que va a morir por culpa de otros dos personajes que tienen problemas entre ellos. Es decir, el que muere es el único que no tiene que ver nada con el asunto.



El propio Peeters lo dejó muy claro en unas declaraciones: *«La reflexión sobre el 11 de septiembre... es decir, el hecho de pensar inmediatamente que alguien iba a pagar por ese crimen y que serían finalmente inocentes quienes lo harían (cosa que pasó...) no fue más que la chispa inicial»*.

El mismo año también publica *Friture*. Son 26 páginas en blanco y negro escritas por Ibn Al Rabin y editadas por el ya mencionado sello Memyself. En ellas, el editor y guionista, junto con Baladi, Andrés Kundig y el propio Peeters desarrollan un experimento metalingüístico en el que los cuatro discuten sobre los méritos de cada uno y la propia moda de la historieta minimalista.